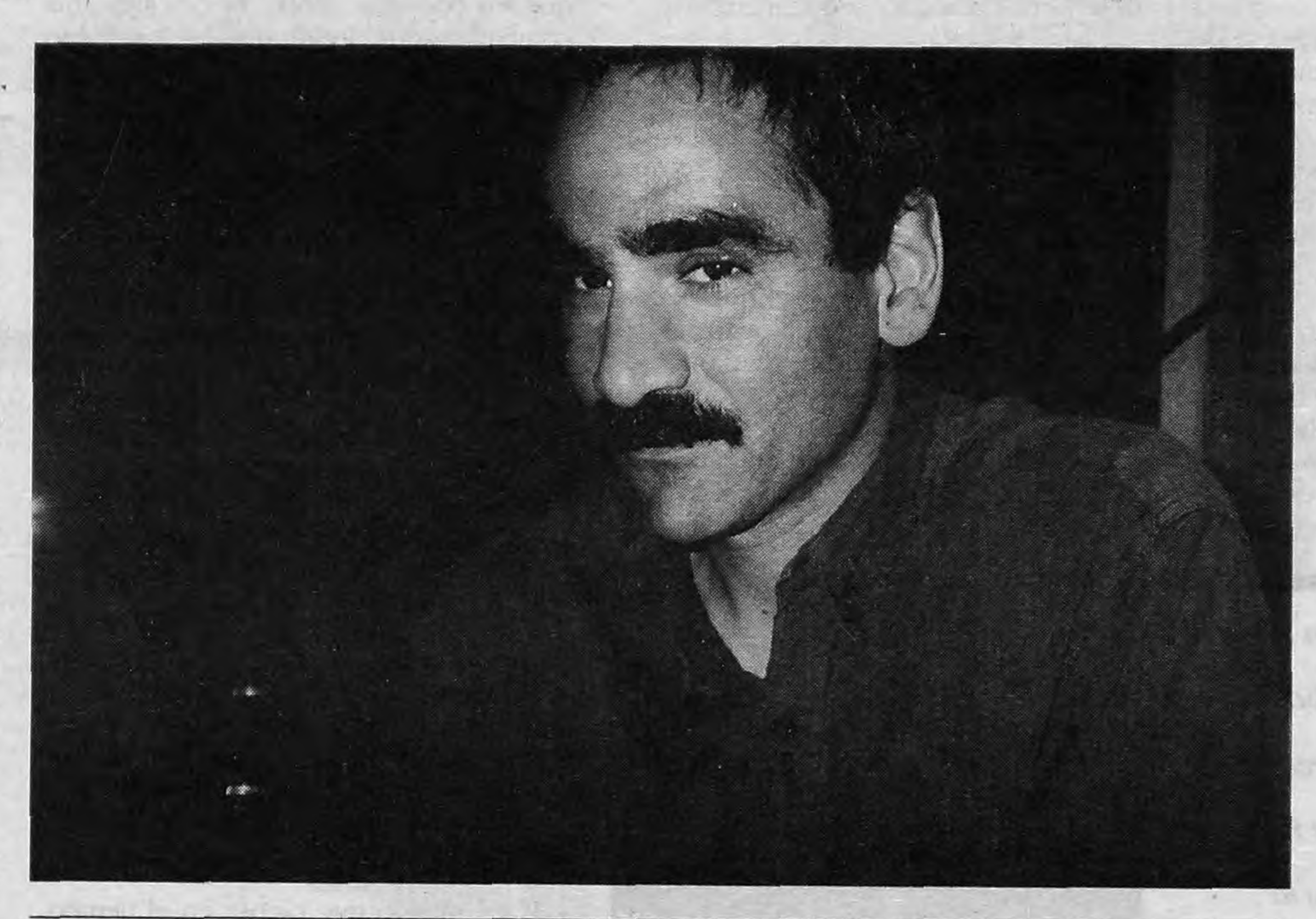


ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



MARCELO PERCIA

"El perseguidor de Cortázar: una historia llena de agujeros"

I. Presentación

La relación entre *arte, locura y sociedad* parece una historia llena de agujeros. Locura es uno de los nombres de la sensibilidad desbordada, de la extrañeza, de la pasión desmesurada, del deseo. Desborde, desmesura, extrañeza, deseo son algunos de los sentidos que la sociedad disciplinada (y las disciplinas instituidas) no saben o no pueden pensar. A veces, el arte es un agujero que ofrece formas provisorias para estos sentimientos dispersos.

El desarrollo que sigue es, a primera vista, un escrito que intercala pensamientos en un cuento de Julio Cortázar. Tal vez sea un modo de hacer resonar ese maravilloso relato que es "El perseguidor" sin someterlo a intereses disciplinarios. Pero la serie *arte, locura, sociedad* constituye, también, una declaración de inconformidad. Una protesta contra torpezas teóricas que anhelan cancelar los misterios del dolor.

Dicho de otro modo. Esta presentación intenta poner en acto una argumentación clínica que (se) entienda con lo que no (se) puede explicar. Un gesto de resistencia contra los relatos macizos que pretenden resolver lo que nos pasa. La argumentación clínica tiene que probar pensar lo que no entiende con un lenguaje poroso. Creo que los sistemas discursivos compactos, conclusivos y probatorios son, finalmente, cómplices de la barbarie. Imagino una escritura clínica de argumentos vacilantes. Modos de reponer en el pensamiento eso que León Rozitchner llama *distancia en la sin distancia*. Una hermosa y doliente lejanía en extrema proximidad. Tal vez arte y locura sean eso: formas de un silencio suscitador. Agujeros de una historia que una sociedad se niega, a veces, a escuchar.

Trabajo con dos preguntas. Una, ¿de qué modo el cuento de Cortázar ofrece una red para apresar voces inaudibles de la locura? Dos, ¿de qué modo el relato permite atravesar la costra de pensamientos instituidos? Tal vez *el perseguidor* atraviesa el espacio dibujado por *arte, locura, sociedad.* Ofrece un cuerpo perplejo y emocionado que encarna preguntas que no tienen respuestas. Una argumentación que no acata los cánones sociales que explican o reiteran lo ya pensado.

II. Desarrollo

"El perseguidor" es un relato que Julio Cortázar dedica a la memoria de Charlie Parker. Son notas de un crítico de jazz sobre un saxofonista americano que se llama Johnny. Intentos de pensar lo que no se puede entender. *"Johnny no puede comprender (porque lo que para él es un fracaso a nosotros nos parece un camino, por lo menos la señal de un camino) que Amorous va a quedar como uno de los momentos más grandes del jazz. El artista que hay en él va a ponerse frenético de rabia cada vez que oiga ese remedo de su deseo, de todo lo que quiso decir mientras luchaba, tambaleándose, escapándosele la saliva de la boca junto con la música, más que nunca solo frente a lo que persigue, a lo que se le huye mientras más lo persigue. Es curioso, ha sido necesario escuchar esto para que yo me diera cuenta de que Johnny no es víctima, no es un perseguido como lo cree todo el mundo, como yo mismo lo he dado a entender en mi biografía. Ahora sé que no es así, que Johnny persigue en vez de ser perseguido, que todo lo que le está ocurriendo en la vida son azares del cazador y no del animal acosado."*

Su *fracaso* como camino o, por lo menos, como señal de un camino. No como errar o equivocar el curso, ni como abandono, pérdida o llegada a un punto sin salida. Su *fracaso* como cacería que no apresa, como andar que se abre paso, como apasionada obstinación de perseguir. Como partida sin fin. Su *fracaso* como afirmación que persigue algo que todavía no es. Búsqueda que no encuentra porque, aún, no produce lo que busca. Errancia que, a cada paso, decide su sentido. Senda que no tiene por delante una dirección establecida. Marcha que avanza de espaldas al porvenir. Su *fracaso* como inconclusión de lo que quiso decir. Como movimiento del alma que hace de la boca una cavidad que habla.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? Algo sale de su boca. Quiere hacer soñar a las cosas. Lleva muchos instrumentos perdidos, olvidados, rotos. Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. No se asusta del silencio. Tiene miedo de sentir su boca seca. No se puede olvidar del tiempo. Esto lo está tocando mañana. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Quiere salir de sí mismo. Cruzar dividido y reunirse del otro lado. Su conciencia está llena de agujeros. Incluso las palabras se rajan, se quiebran, se parten. Procura aislar, proteger, conservar lo que percibe. Su percepción es la piel de la piel, la piel del oído, la piel de los ojos, la piel de su nariz. Se deja caer en la grieta de cada sensación. Intenta soltar sus sentidos. Prueba decir lo que no sabe, lo que no tiene, lo que no puede. Le gusta escuchar lo extraño saliendo de su boca. Azares de un cazador que presiente otra cosa. Que comprende (si esto se pudiera comprender) que sólo cuenta su deseo de decir algo.

Si *perseguidor* significa *el que desea*, me parece que tiene miedo de perder esa potencia que hace soñar a las cosas. Quizá no se duela insatisfecho, ni sufra por una ilusión desvanecida. Conoce que lo alcanzado se escurre, pronto, entre los largos dedos de sus manos negras. Teme perder el dulce impulso de alcanzar. La suave ansiedad de estar despierto. El cosquilleo que pone movimiento en su cuerpo. No lo intimida el silencio, sino la lámina callada que esclerosa su deseo de hablar. Intento otro modo: su ansiedad no es nerviosismo anticipador de que no hallará lo que persigue, sino miedo de sentir la boca seca. Suponiendo que el deseo pueda pensarse como cantidad o surgente de agua, se pregunta: ¿cuándo se bebe, uno, la última gota?

"Pasado mañana es después de mañana, y mañana es mucho después de hoy. Y hoy mismo es bastante después de ahora, en que estamos charlando compañero Bruno, y yo me sentiría mucho mejor si me pudiera olvidar del tiempo y beber alguna cosa caliente."

Johnny tiene fiebre. Está envuelto en una frazada, sobre un sillón sucio, en una oscura pieza de hotel. Olvidó su saxo debajo del asiento del metro. Lleva muchos instrumentos perdidos, empeñados, rotos. ▶



“El perseguidor de Cortázar: u

Marcelo

No se puede olvidar del tiempo. Le gustaría barrenar como cuerpo de agua, conciencia de agua, memoria de agua, pensamiento de agua.

Puede que la idea de *perseguidor* recuerde que no hay partida lograda. Que no hay criatura o pieza por atrapar. Pero me parece que *perseguidor*, también, designa al que huye, al que escapa. Al que lucha por desprenderse de algo. Al que pelea por desalojar a una bestia herida, a una bestia tonta, a una perezosa bestia cansada de andar. Quizá *perseguidor* signifique el que avanza sacándose de encima una carga de miedo. El peso de una amenaza muda que lleva como segunda piel. Como abrigo cálido y sofocante. Como una frazada mugrienta que envuelve su sombra.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿Hacer entrar la furia en un recuerdo? ¿Cómo contar lo que le pasa? No puede olvidarse del tiempo. Esto lo está tocando mañana. Una costumbre se retuerce en su alma. Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. Tocar es entrar en un ascensor de tiempo. Cada segundo es un universo que estalla. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Se pone loco de rabia cada vez que oye el eco lejano de lo que quiso decir mientras luchaba. Todo lo que puede hacer con el lenguaje le parece copia, réplica, calco. Imitación de lo que el recuerdo no logra recordar. No puede vivir, otra vez, el mismo momento. Puede recordar, pero no volver a sentir lo vivido. Trata de repetir los gestos, los movimientos, los gemidos; pero es inútil. No puede evocar el instante en que su cuerpo barreña en la fuerza del deseo. No puede hacer entrar su furia en la representación. El momento en que arrastra, empuja, abraza.

¿Cómo levantarse, cada día, sintiendo que lo que hace tiene sentido? Desea creerse necesario sabiendo que no es necesario. Desea que la música tenga un sentido sabiendo que no tiene sentido.

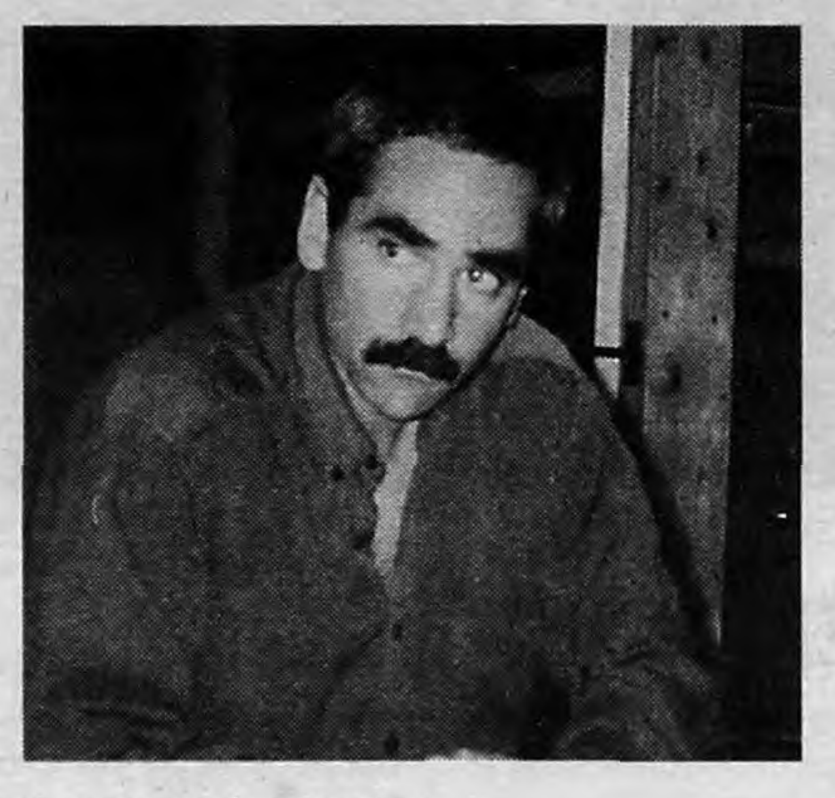
Tiene el cuerpo helado. Pero no intenta cubrirse. Sabe que el frío que siente viene de su deseo. Inquietud desabrigada de *perseguidor*. Creo que Johnny tuvo una experiencia y, desde entonces, no le alcanzan las palabras para contar lo que le pasa.

“Antes de una grabación, en Cincinnati, y esto era mucho antes de venir a París en el cuarenta y nueve o cincuenta. Johnny estaba en gran forma en esos días, y yo había ido al ensayo nada más que para escucharlo a él y también a Miles Davis. Todos tenían ganas de tocar, estaban contentos, andaban bien vestidos (de esto me acuerdo quizá por contraste, por lo mal vestido y lo sucio que anda ahora Johnny), tocaban con gusto sin ninguna impaciencia, y el técnico de sonido hacía señales de contento detrás de la ventanilla, como un babuino satisfecho. Y justamente en ese momento, cuando Johnny está como perdido en su alegría, de golpe dejó de tocar y soltándole un puñetazo a no sé quién dijo: 'Esto lo estoy tocando mañana'. Y los muchachos se quedaron cortados, apenas dos o tres siguiendo unos compases, como un tren que tarda en frenar, y Johnny se tocaba la frente y repetía: 'Esto ya lo toqué mañana, es horrible, Miles, esto ya lo toqué mañana', y no lo podían hacer salir de eso, y a partir de entonces todo anduvo mal.”

Cuando está perdido en su alegría, de golpe, se desencaja. La costumbre se retuerce en su alma. En la superficie del presente se abre un camino hacia otra cosa. Caído en ese instante, siente dos, tres, muchos mundos posibles. Su cuerpo tiembla, se sacude. Entra en una extensión en la que se disuelven las fronteras. Siente que *ahora* le viene habiendo sido mañana.

Esto lo estoy tocando mañana no es la vivencia del que se adelanta. Me parece que relata su entrada en el tiempo. La intensidad que hace estallar, en cada segundo, un universo. Creo que Johnny pudo percibir un agujero en la continuidad.

¿Cómo se dice cuando algo que ocurre en el presente se ubica fuera de lo actual? ¿Cuando la circunstancia evocada no corresponde con el momento anunciado? Las conjugaciones verbales hacen arreglos para que las conciencias crean entenderse en un tiempo organizado. Esto lo estoy tocando mañana es la vivencia del tiempo en los sueños.



¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿El trayecto de una potencia? La loca algarabía compartida de sentirse necesario. No puede olvidarse del tiempo. La vieja se tira de los pelos cada vez que hablan de la hipoteca. No entiende, sólo se da cuenta de que hay algo. Cincuenta y dos pisos entre la primera palabra y la última. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Me parece que Johnny teme que la búsqueda termine o que la muerte anticipe el final de una cacería sin fin. Es un cazador que persigue sin tener por delante algo. No va detrás de una promesa. Avanza llevado por el impulso de ir. Trayecto de una potencia que esparce humanidad sobre cosas, momentos, relatos, caricias; sin que las cosas, los momentos, los relatos o las caricias sean su causa.

No pienso que su enorme nariz olfatea defectos en las cosas. O que se satisface con un ofrecimiento incumplido. Tampoco concluyo en que eso que no puede explicar es angustia. Agujero que ninguna caricia, ninguna cosa, ninguna palabra habrá de llenar. Imagino otro argumento. Me parece que percibe que el mundo no necesita de su existencia o que su existencia, muchas veces, no tiene ganas de hacerse un lugar en el mundo. Tal vez Johnny busca hacerse necesario o, mejor dicho, lucha porque tiene miedo de perder el deseo de sentirse necesario.

¿Cómo levantarse, cada día, sintiendo que lo que hace tiene sentido? Desea creerse necesario sabiendo que no es necesario. Desea que la música tenga un sentido sabiendo que no tiene sentido. No tiene sentido y, sin embargo, comparte con Bruno, con Miles, con los muchachos, con Dédée, con la marquesa, la provisoria ilusión de que lo tiene. Vuelve a tocar para sentir, aunque sea por un segundo, la loca algarabía compartida que decide que ese momento tiene sentido.

El saxo es un animal. Un grueso gusano de cobre que aspira su boca hasta dejarlo seco. Pienso que, antes de quedarse vacío, fuga su alma a través de la piel del tubo. Me pregunto cómo hace para vivir con esa ausencia después de ser vaciado de esa manera. Pero ¿por qué pensar que el saxo lo deja seco y no que la música propaga algo sin nombre, algo desierto de palabras? ¿Por qué pensar que tiene que hacerse necesario? ¿O que el sentido está fuera del bullicio de los cuerpos que se juntan?

“Me di cuenta cuando era muy chico, casi enseguida de aprender a tocar el saxo. En mi casa había siempre un lío de todos los diablos, y no se hablaba más que de deudas, de hipotecas. ¿Tú sabes lo que es una hipoteca? Debe ser algo terrible, porque la vieja se tiraba de los pelos cada vez que el viejo hablaba de la hipoteca, y acababan a los golpes. Yo tenía trece años... pero ya has oído todo eso.”

Hace mucho que piensa en el tiempo. Cree que la música ayuda a comprender, un poco, el asunto que no comprende. Dice que su cabeza no piensa nada. Explica que comienza a entender de los ojos para abajo. Que cuanto más abajo mejor. Pero tampoco eso es entender, sólo se da cuenta de que hay algo. Asiste a lo que le está pasando sin entender lo que está ocurriendo. Incluso le cuesta creer que las cosas le sucedan. A veces, se siente poroso, espaciado. Como si se viera por primera vez.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Cómo meterse en lo que quiere decir? ¿En el agujero que enciende su imaginación? ¿En la discontinuidad de lo duro? Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. La música lo mete en el tiempo. Rodea de infinito su dolor. ¿Cuántos pisos hay entre la primera palabra y la última? No piensa nunca, ve pasar lo que piensa.

Johnny persigue un blanco móvil. Imagina más allá algo distinto. Dispara de espaldas a lo que busca. Después, mucho después da con los rastros de lo que quiso alcanzar. Incluso sabe que las palabras no pueden traducir lo que siente, que los significados disponibles pertenecen al mundo que acaba de dejar. Cuando habla se contorsiona. No sabe cómo entrar en lo que quiere decir, en lo que se le escapa cuando más quiere decir.

La música, la locura, el sueño, el amor, la embriaguez, todo eso, le permite decidir que *hay otra cosa*; que lo posible no puede ser sólo la costra en la que los sentidos apoyan sus patas ni puede reducirse al relato repleto de una cultura boba. Su afirmación de que *tiene que haber otra cosa* es deseo de que haya otra cosa. Intuición de que podría vivir otras vidas, muchas vidas.

Pienso que Johnny siente la falta de sentido como tentación. Como disponibilidad, como espacio. No como aridez. Sabe que la nada es de la especie del silencio. Una invitación a tocar. Una posibilidad de hablar. Eso que está antes y después de cada sonido. El agujero que enciende su imaginación. El hueco que lo provoca. Esa nada no lo vacía. Aún suponiendo que no haya otra cosa, Johnny igual desearía otra cosa.

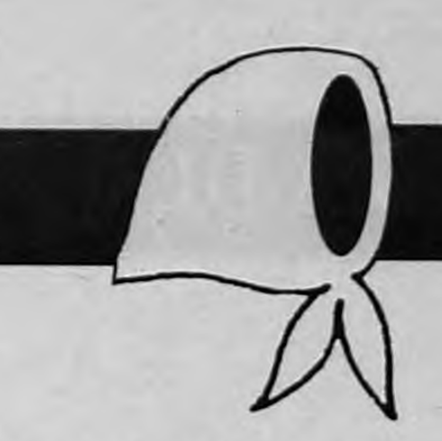
“Por eso en casa el tiempo no acababa nunca, sabes. De pelea en pelea, casi sin comer. Y para colmo la religión, ah, eso no te lo puedes imaginar. Cuando el maestro me consiguió el saxo que te hubieras muerto de risa si lo ves, entonces creo que me di cuenta enseguida. La música me sacaba del tiempo, aunque no es más que una manera de decirlo. Si quieres saber lo que realmente siento, yo creo que la música me metía en el tiempo. Pero entonces hay que creer que este tiempo no tiene nada que ver con... bueno, con nosotros, por decirlo así.”

La música lo saca de su casa, de la hipoteca, de las peleas, de los golpes. De un mundo lleno de miedo. De sombras compactas contra las que rebota. Pero ¿qué significa que la música lo saca o que lo mete en el tiempo? ¿Cuando toca se desparrama como vapor de agua? ¿Ablanda las paredes de su casa? ¿Desfigura la pequeña letra de la hipoteca? ¿Modera la fuerza resentida de las peleas? ¿Amortigua los golpes? ¿Disuelve el miedo? Me parece que la música no debilita la solidez del mundo en el que vive. Cuando toca sueña. Sueña su casa la hipoteca las peleas los golpes el miedo. Sueña: interfiere lo macizo, interrumpe lo repleto, introduce vacío en lo que parece lleno. Cuando toca percibe algo que no puede explicar: la esponjosa discontinuidad de lo duro. En la arruga de un instante puede escuchar, ahora, lo que está tocando mañana.



Entrar en el tiempo es tocar de pie en un desierto. Tal vez eso que llamamos realidad sea un arreglo, una complicidad con la conciencia, para evitar el infinito o poner en su lugar una imagen familiar. Con el saxo no se desvanecen los líos de su casa, las deudas, las hipotecas, la vieja tirándose de los pelos. La música repone, alrededor de cada cosa, silencio. Con el saxo rodea de infinito su dolor.

¿Azares de cazador o animal acosado? Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. La hipoteca es un decorado que oculta un desierto. Un ascensor de tiempo. Cincuenta y dos pisos entre las primeras palabras y las últimas. Apoya sus pies en un lugar que cambia. Ella entra con el pelo colgándole en mechones. El vacío crece alrededor de su ropero. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa. Vive un cuarto de ho-



“El perseguidor de Cortázar: una historia llena de agujeros”

Marcelo Percia *

No se puede olvidar del tiempo. Le gustaría barrenar como cuerpo de agua, conciencia de agua, memoria de agua, pensamiento de agua.

Puede que la idea de *perseguidor* recuerde que no hay partida lograda. Que no hay criatura o pieza por atrapar. Pero me parece que *perseguidor*, también, designa al que huye, al que escapa. Al que lucha por desprenderse de algo. Al que pelea por desalojar a una bestia herida, a una bestia tonta, a una perezosa bestia cansada de andar. Quizá *perseguidor* signifique el que avanza sacándose de encima una carga de miedo. El peso de una amenaza muda que lleva como segunda piel. Como abrigo cálido y sofocante. Como una frazada mugrienta que envuelve su sombra.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿Hacer entrar la furia en un recuerdo? ¿Cómo contar lo que le pasa? No puede olvidarse del tiempo. Esto lo está tocando mañana. Una costumbre se retuerce en su alma. Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. Tocar es entrar en un ascensor de tiempo. Cada segundo es un universo que estalla. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Se pone loco de rabia cada vez que oye el eco lejano de lo que quiso decir mientras luchaba. Todo lo que puede hacer con el lenguaje le parece copia, réplica, calco. Imitación de lo que el recuerdo no logra recordar. No puede vivir, otra vez, el mismo momento. Puede recordar, pero no volver a sentir lo vivido. Trata de repetir los gestos, los movimientos, los gemidos; pero es inútil. No puede evocar el instante en que su cuerpo barreña en la fuerza del deseo. No puede hacer entrar su furia en la representación. El momento en que arrastra, empuja, abraza.

> *¿Cómo levantarse, cada día, sintiendo que lo que hace tiene sentido? Desea creerse necesario sabiendo que no es necesario. Desea que la música tenga un sentido sabiendo que no tiene sentido.*

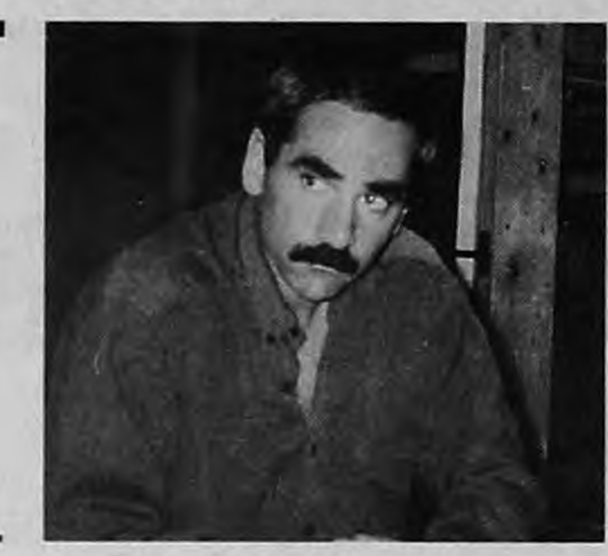
Tiene el cuerpo helado. Pero no intenta cubrirse. Sabe que el frío que siente viene de su deseo. Inquietud desabrigada de *perseguidor*. Creo que Johnny tuvo una experiencia y, desde entonces, no le alcanzan las palabras para contar lo que le pasa.

“Antes de una grabación, en Cincinnati, y esto era mucho antes de venir a París en el cuarenta y nueve o cincuenta. Johnny estaba en gran forma en esos días, y yo había ido al ensayo nada más que para escucharlo a él y también a Miles Davis. Todos tenían ganas de tocar, estaban contentos, andaban bien vestidos (de esto me acuerdo quizá por contraste, por lo mal vestido y lo sucio que anda ahora Johnny), tocaban con gusto sin ninguna impaciencia, y el técnico de sonido hacía señales de contento detrás de la ventanilla, como un babuino satisfecho. Y justamente en ese momento, cuando Johnny está como perdido en su alegría, de golpe dejó de tocar y soltándole un puñetazo a no sé quién dijo: 'Esto lo estoy tocando mañana'. Y los muchachos se quedaron cortados, apenas dos o tres siguiendo unos compases, como un tren que tarda en frenar, y Johnny se tocaba la frente y repetía: 'Esto ya lo toqué mañana, es horrible, Miles, esto ya lo toqué mañana', y no lo podían hacer salir de eso, y a partir de entonces todo anduvo mal.”

Cuando está perdido en su alegría, de golpe, se desencaja. La costumbre se retuerce en su alma. En la superficie del presente se abre un camino hacia otra cosa. Caído en ese instante, siente dos, tres, muchos mundos posibles. Su cuerpo tiembla, se sacude. Entra en una extensión en la que se disuelven las fronteras. Siente que *ahora* le viene habiendo sido mañana.

Esto lo estoy tocando mañana no es la vivencia del que se adelanta. Me parece que relata su entrada en el tiempo. La intensidad que hace estallar, en cada segundo, un universo. Creo que Johnny pudo percibir un agujero en la continuidad.

¿Cómo se dice cuando algo que ocurre en el presente se ubica fuera de lo actual? ¿Cuando la circunstancia evocada no corresponde con el momento anunciado? Las conjugaciones verbales hacen arreglos para que las conciencias crean entenderse en un tiempo organizado. Esto lo estoy tocando mañana es la vivencia del tiempo en los sueños.



¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿El trayecto de una potencia? La loca algarabía compartida de sentirse necesario. No puede olvidarse del tiempo. La vieja se tira de los pelos cada vez que hablan de la hipoteca. No entiende, sólo se da cuenta de que hay algo. Cincuenta y dos pisos entre la primera palabra y la última. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Me parece que Johnny teme que la búsqueda termine o que la muerte anticipe el final de una cacería sin fin. Es un cazador que persigue sin tener por delante algo. No va detrás de una promesa. Avanza llevado por el impulso de ir. Trayecto de una potencia que esparce humanidad sobre cosas, momentos, relatos, caricias; sin que las cosas, los momentos, los relatos o las caricias sean su causa.

No pienso que su enorme nariz olfatea defectos en las cosas. O que se satisface con un ofrecimiento incumplido. Tampoco concluyo en que eso que no puede explicar es angustia. Agujero que ninguna caricia, ninguna cosa, ninguna palabra habrá de llenar. Imagino otro argumento. Me parece que percibe que el mundo no necesita de su existencia o que su existencia, muchas veces, no tiene ganas de hacerse un lugar en el mundo. Tal vez Johnny busca hacerse necesario o, mejor dicho, lucha porque tiene miedo de perder el deseo de sentirse necesario.

¿Cómo levantarse, cada día, sintiendo que lo que hace tiene sentido? Desea creerse necesario sabiendo que no es necesario. Desea que la música tenga un sentido sabiendo que no tiene sentido. No tiene sentido y, sin embargo, comparte con Bruno, con Miles, con los muchachos, con Dédée, con la marquesa, la provisoria ilusión de que lo tiene. Vuelve a tocar para sentir, aunque sea por un segundo, la loca algarabía compartida que decide que ese momento tiene sentido.

El saxo es un animal. Un grueso gusano de cobre que aspira su boca hasta dejarlo seco. Pienso que, antes de quedarse vacío, fuga su alma a través de la piel del tubo. Me pregunto cómo hace para vivir con esa ausencia después de ser vaciado de esa manera. Pero ¿por qué pensar que el saxo lo deja seco y no que la música propaga algo sin nombre, algo desierto de palabras? ¿Por qué pensar que tiene que hacerse necesario? ¿O que el sentido está fuera del bullicio de los cuerpos que se juntan?

“Me di cuenta cuando era muy chico, casi enseguida de aprender a tocar el saxo. En mi casa había siempre un lío de todos los diablos, y no se hablaba más que de deudas, de hipotecas. ¿Tú sabes lo que es una hipoteca? Debe ser algo terrible, porque la vieja se tiraba de los pelos cada vez que el viejo hablaba de la hipoteca, y acababan a los golpes. Yo tenía trece años... pero ya has oído todo eso.”

Hace mucho que piensa en el tiempo. Cree que la música ayuda a comprender, un poco, el asunto que no comprende. Dice que su cabeza no piensa nada. Explica que comienza a entender de los ojos para abajo. Que cuanto más abajo mejor. Pero tampoco eso es entender, sólo se da cuenta de que hay algo. Asiste a lo que le está pasando sin entender lo que está ocurriendo. Incluso le cuesta creer que las cosas le sucedan. A veces, se siente poroso, espaciado. Como si se viera por primera vez.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Cómo meterse en lo que quiere decir? ¿En el agujero que enciende su imaginación? ¿En la discontinuidad de lo duro? Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. La música lo mete en el tiempo. Rodea de infinito su dolor. ¿Cuántos pisos hay entre la primera palabra y la última? No piensa nunca, ve pasar lo que piensa.

Johnny persigue un blanco móvil. Imagina más allá algo distinto. Dispara de espaldas a lo que busca. Después, mucho después da con los rastros de lo que quiso alcanzar. Incluso sabe que las palabras no pueden traducir lo que siente, que los significados disponibles pertenecen al mundo que acaba de dejar. Cuando habla se contorsiona. No sabe cómo entrar en lo que quiere decir, en lo que se le escapa cuando más quiere decir.

La música, la locura, el sueño, el amor, la embriaguez, todo eso, le permite decidir que *hay otra cosa*; que lo posible no puede ser sólo la costra en la que los sentidos apoyan sus patas ni puede reducirse al relato repleto de una cultura boba. Su afirmación de que *tiene que haber otra cosa* es deseo de que haya otra cosa. Intuición de que podría vivir otras vidas, muchas vidas.

Pienso que Johnny siente la falta de sentido como tentación. Como disponibilidad, como espacio. No como aridez. Sabe que la nada es de la especie del silencio. Una invitación a tocar. Una posibilidad de hablar. Eso que está antes y después de cada sonido. El agujero que enciende su imaginación. El hueco que lo provoca. Esa nada no lo vacía. Aún suponiendo que no haya otra cosa, Johnny igual desearía otra cosa.

“Por eso en casa el tiempo no acababa nunca, sabes. De pelea en pelea, casi sin comer. Y para colmo la religión, ah, eso no te lo puedes imaginar. Cuando el maestro me consiguió el saxo que te hubieras muerto de risa si lo ves, entonces creo que me di cuenta enseguida. La música me sacaba del tiempo, aunque no es más que una manera de decirlo. Si quieres saber lo que realmente siento, yo creo que la música me metía en el tiempo. Pero entonces hay que creer que este tiempo no tiene nada que ver con... bueno, con nosotros, por decirlo así.”

La música lo saca de su casa, de la hipoteca, de las peleas, de los golpes. De un mundo lleno de miedo. De sombras compactas contra las que rebota. Pero ¿qué significa que la música lo saca o que lo mete en el tiempo? ¿Cuando toca se desparrama como vapor de agua? ¿Ablanda las paredes de su casa? ¿Desfigura la pequeña letra de la hipoteca? ¿Modera la fuerza resentida de las peleas? ¿Amortigua los golpes? ¿Disuelve el miedo? Me parece que la música no debilita la solidez del mundo en el que vive. Cuando toca sueña. Sueña su casa la hipoteca las peleas los golpes el miedo. Sueña: interfiere lo macizo, interrumpe lo repleto, introduce vacío en lo que parece lleno. Cuando toca percibe algo que no puede explicar: la esponjosa discontinuidad de lo duro. En la arruga de un instante puede escuchar, ahora, lo que está tocando mañana.

Entrar en el tiempo es tocar de pie en un desierto. Tal vez eso que llamamos realidad sea un arreglo, una complicidad con la conciencia, para evitar el infinito o poner en su lugar una imagen familiar. Con el saxo no se desvanecen los líos de su casa, las deudas, las hipotecas, la vieja tirándose de los pelos. La música repone, alrededor de cada cosa, silencio. Con el saxo rodea de infinito su dolor.

¿Azares de cazador o animal acosado? Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. La hipoteca es un decorado que oculta un desierto. Un ascensor de tiempo. Cincuenta y dos pisos entre las primeras palabras y las últimas. Apoya sus pies en un lugar que cambia. Ella entra con el pelo colgándole en mechones. El vacío crece alrededor de su ropero. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

No es igual oír las peleas de sus padres encerrado en su casa, que poder escuchar esas mismas peleas en un mundo abierto. Sin la música, la religión las peleas el pelo en mechones los golpes la hipoteca, son gigantes de miedo. Habitantes de un chico que sufre y se compadece. Pero cuando toca *lareligión laspeleas elpelo enmechones losgolpes lahipoteca* parecen un camino de hormigas.

Johnny sabe que el lenguaje encuentra modos de entrar en el infinito. Tiene las palabras *horizonte, límite, borde, frontera*; pero puede decir más allá del horizonte, del límite, del borde, de la frontera. *Más allá de* (e incluso *más acá de*) es lo que dice cuando toca. Cuando busca derribar los decorados. O dicho de otro modo: cuando necesita hacer crecer un desierto.

“Te estaba diciendo que cuando empecé a tocar de chico me di cuenta de que el tiempo cambiaba. Esto se lo conté una vez a Jim y me dijo que todo el mundo siente lo mismo, y que cuando uno se abstrae... Dijo así, cuando uno se abstrae. Pero no, yo no me abstraigo cuando toco. Solamente que cambio de lugar. Es como en un ascensor, tú estás en el ascensor hablando con la gente, y no sientes nada raro, y entre tanto pasa el primer piso, el décimo, el veintiuno, y la ciudad se queda ahí abajo, y tú estás terminando la frase que habías empezado al entrar, y entre las primeras palabras y las últimas hay cincuenta y dos pisos. Yo me di cuenta cuando empecé a tocar que entraba en un ascensor, pero un ascensor de tiempo, si te lo puedo decir así.”

No se separa de las cosas. No se aparta del mundo. No detiene la marcha del reloj. Cuando toca no se abstrae. No excluye pensamientos. No practica la meditación. Creo que cuando toca, a veces, percibe lagunas en lo lleno. Vacantes en el mundo nombrado. No cambia de sitio, se da cuenta de que apoya sus pies sobre un lugar que cambia. Entra en un ascensor que viaja a través de lo macizo. Un ascensor que no funciona como elevador sino como intercalado de tiempo. Un ascensor que permite escuchar entre la primera palabra y la última una ciudad de silencio.

“No creas que me olvidaba de la hipoteca y la religión. Solamente que en esos momentos la hipoteca y la religión eran como el traje que uno no tiene puesto; yo sé que el traje está en el ropero, pero a mí no me vas a decir que en este momento ese traje existe. El traje existe cuando me lo pongo, y la hipoteca y la religión existían cuando terminaba de tocar y la vieja entraba con el pelo colgándole en mechones y se quejaba de que yo le rompía las orejas con esa-música-del-diablo.”

La música hace algo que no puede explicar. Hace de la hipoteca de la religión de las peleas del pelo en mechones, vestidos colgados en un ropero. Un pequeño ropero instalado en un desierto. Una colección de trajes que no alcanzan, que no podrían alcanzar, para cubrir el vacío que siente, ahora, crecer a su alrededor. La música raja en pedazos la costra de la costumbre. Cuando toca, puede palpar cicatrices de olvido en cada recuerdo.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿Una marcha sin descanso? ¿Objetos que vagan como fantasmas? ¿Un deseo que difiere de toda explicación? Una liebre que corre tras un tigre que duerme. Una tienda entera en la valija. Meterse en nada. A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Pero, ¿qué busca Johnny? ¿Algo que no tiene existencia? ¿que no tiene lugar? ¿que nunca consigue? ¿que se deshace cada vez que lo alcanza? ¿que desprecia cuanto más lo posee? Esa búsqueda de lo indefinido, de lo inasible ¿es su enfermedad? ¿un defecto que lo condena a marchar sin descanso?

Pienso que Johnny no persigue *objetos*. Sabe que no importan los objetos. Se da cuenta de que *las cosas* que se ofrecen rozan el deseo (incluso lo lastiman y lo besan) sin detener su marcha. Comprende que, cuando el deseo duerme, los objetos vagan desesperados.

Johnny es un *perseguidor*, pero ello no supone que busque algo. No va detrás de una meta, de una finalidad, de un objetivo. ¿Cómo pensar esa cacería que disloca? ¿Cómo hacer entrar en el argumento eso que difiere de toda explicación? *¿Eso* que no se deduce por lo que le falta, por lo que perdió o por lo que vive ausente en su existencia? Johnny no puede explicar (sabe que no podrá explicar) cómo el golpe de un deseo *“lo convierte en un absurdo cazador sin brazos y sin piernas, en una liebre que corre tras un tigre que duerme”*.

“Esto del tiempo es complicado, me agarra por todos lados. Me empiezo a dar cuenta poco a poco de que el tiempo no es como una bolsa que se rellena. Quiero decir que aunque cambie el relleno, en la bolsa no cabe más que una cantidad y se acabó. ¿Ves mi valija, Bruno? Caben dos trajes y dos pares de zapatos. Bueno, ahora imagínate que la vacías y después vas a poner de nuevo los dos trajes y los dos pares de zapatos, y entonces te das cuenta de que solamente caben un traje y un par de zapatos. Pero lo mejor no es eso. Lo mejor es cuando te das cuenta de que puedes meter una tienda entera en la valija, cientos y cientos de trajes, como yo meto la música en el tiempo cuando estoy tocando, a veces.”

Cuando toca saca historias de una bolsa sin fondo. En una sola palabra vive un mundo o, mejor dicho, muchos y diferentes mundos se sueñan en cada palabra. Hasta en la materia compacta de un dolor puede, a veces, crecer una historia. Cuando toca se da cuenta de que en cada cosa que siente van de contrabando otras cosas que le pasan indocumentadas, sin rostro, mudas. Cuando toca le parece escuchar, en cada minuto, un cuarto de hora.

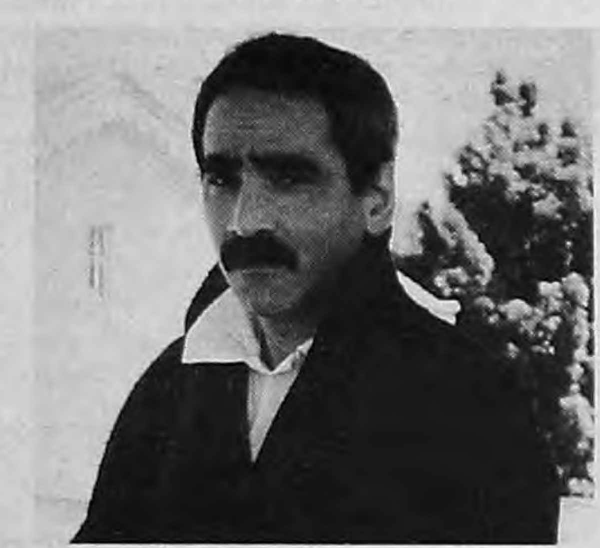
¿Azares de cazador o animal acosado? ¿El alma es el nombre de un agujero? ¿La verdadera explicación sencillamente no se puede explicar? ¿Hay una explicación verdadera? ¿Se puede palpar la piel de un misterio? Un colador colándose a sí mismo. Una grieta en el suelo de su experiencia. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa. A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Creo que Johnny toca para llenar el teatro, para que lo aplaudan, para cobrar un contrato, para beber satisfecho, para que se aproximen las muchachas que lo admiran, para colgar sus recuerdos en un ropero. Incluso para abrigarse.

Pero fuera de la ilusión de esas metas, Johnny toca; siente deseo de tocar. Ese deseo *perseguidor* es lo que no puede explicar. Ese deseo entra en el tiempo, vive un cuarto de hora en un minuto y medio, mete una tienda entera en una valija.

Creo que Johnny no es víctima que escapa, o que calma una falta con aplausos, alcohol, abrazos. Su deseo se estaciona en el amor, en la música, en la amistad, en la droga, en los recuerdos; pero esas estadías duran lo que duran: segundos, minutos, momentos.

Johnny tiene un agujero en el alma o tal vez el alma sea el nombre de un hoyo que le dejó la experiencia. Desea espaciar lo que parece sólido. Desfondar la valija. Sospecha que hay otra cosa, que puede haber otra cosa. Que el vacío no es hueco que duele. Que el deseo encalla en un mundo repleto.



“El metro es un gran invento, Bruno, viajando en el metro te das cuenta de lo que podría caber en una valija... Un día empecé a sentir algo en el metro, después me olvidé... Y entonces se repitió, dos o tres días después. Al final me di cuenta. Es fácil de explicar, sabes, pero es fácil porque en realidad no es la verdadera explicación. La verdadera explicación sencillamente no se puede explicar. Tendrías que tomar el metro y esperar a que te ocurra, aunque me parece que eso solamente me ocurre a mí.”

Pero ¿qué hacer con lo que no comprende? ¿Taparse la boca con el sonido automático de una explicación? La bolsa que no se llena, la valija en la que cabe una tienda, lo que siente viajando en el metro, no son la explicación, ni símbolos de una verdad que permanece innombrada; son pensamientos que deciden narrar lo que no entienden. El argumento es la piel conversada de un misterio. O dicho de otro modo: el argumento es deseo y urgencia de hablar, de decir para otro lo que, de antemano, sabe que no podrá comunicar.

“Eso era lo que más me crispaba, Bruno, que se sintieran seguros. Seguros de qué, dime un poco, cuando yo, un pobre diablo con más pestes que el demonio debajo de la piel, tenía bastante conciencia para sentir que todo era como una jalea, que todo temblaba alrededor, que no había más que fijarse un poco, sentirse un poco, callarse un poco, para descubrir los agujeros. En la puerta, en la cama: agujeros. En la mano, en el diario, en el tiempo, en el aire: todo lleno de agujeros, todo esponja, todo como un colador colándose a sí mismo...”

No estar seguro es su condición de *perseguidor*. Se da cuenta de que los agujeros no son defectos de las cosas o lastimaduras de su consistencia. No busca restablecer la solidez perdida. Ni llenar lagunas. Johnny piensa que los recuerdos son persistencias caídas en una experiencia agujereada. Cuenta su historia. Hace sentir sus huecos, sus vacíos, sus silencios. Presenta cada relato como una masa porosa. Hace escuchar, incluso, lugares en donde no se dice nada.

¿Azares de cazador o animal acosado? Los crujidos del sillón se confunden con los estremecimientos de su cuerpo. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa, pero no piensa lo que ve. A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Tiendas abarrotadas de sombras. Su conciencia estallada. ¿Cuánto tiempo puede vivir en un minuto y medio?

> *Creo que Johnny no es víctima que escapa, o que calma una falta con aplausos, alcohol, abrazos. Su deseo se estaciona en el amor, la música, la amistad, la droga, los recuerdos; pero esas estadías duran lo que duran: segundos, minutos.*

Habla para tener un pensamiento. Para que las palabras sugieran eso que no podrá decir. ¿La verdadera explicación no se puede explicar? No importa que una explicación toque la verdad o ilumine (¡al fin!) lo inexplicable. Johnny sabe que una experiencia es un agujero que llama a contar historias. Habla excitado por el vacío. Siente que no puede entender, que tampoco Bruno podrá entender, que no hay modo de entender lo que no puede, ahora, dejar de contar. Cuando se estremece, hace crujir el sillón. Los crujidos del sillón se confunden con los estremecimientos de su cuerpo. Johnny habla porque se siente solo.

“El otro día me di cuenta de lo que pasaba. Me puse a pensar en mi vieja, después en Lan y en los chicos, y claro, al momento me parecía que estaba caminando por mi barrio, y veía las caras de los muchachos, los de aquel tiempo. No era pensar, me parece que ya te he dicho muchas veces que yo no pienso nunca; estoy como parado en una esquina viendo pasar lo que pienso, pero no pienso lo que veo. ¿Te das cuenta?”

Quizá pensar sea dejar salir fantasmas de las palabras: cosas que aparecen y desaparecen, cabezas que asoman o se esconden. Imágenes que son agujeros llenos de imágenes. Tiendas de sombras. A su ▶

...or de Cortázar:
...una historia llena de agujeros"

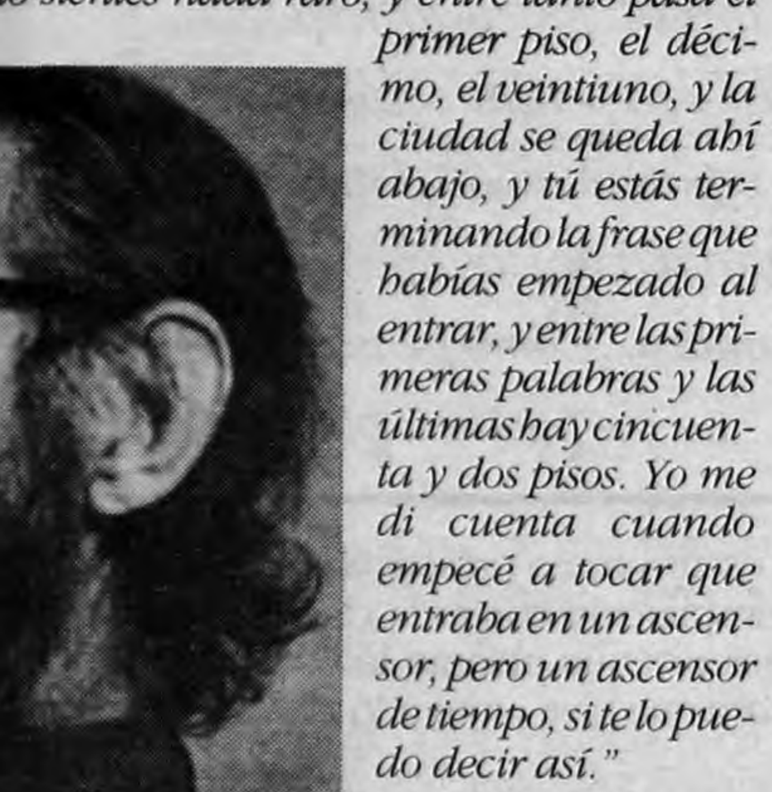
...Percia *

...ra en un minuto y medio.

No es igual oír las peleas de sus padres encerrado en su casa, que poder escuchar esas mismas peleas en un mundo abierto. Sin la música, la religión las peleas el pelo en mechones los golpes la hipoteca, son gigantes de miedo. Habitantes de un chico que sufre y se compadece. Pero cuando toca *lareligión laspeleas elpelo enmechones losgolpes lahipoteca* parecen un camino de hormigas.

Johnny sabe que el lenguaje encuentra modos de entrar en el infinito. Tiene las palabras *horizonte, límite, borde, frontera*; pero puede decir más allá del horizonte, del límite, del borde, de la frontera. *Más allá de* (e incluso *más acá de*) es lo que dice cuando toca. Cuando busca derribar los decorados. O dicho de otro modo: cuando necesita hacer crecer un desierto.

"Te estaba diciendo que cuando empecé a tocar de chico me di cuenta de que el tiempo cambiaba. Esto se lo conté una vez a Jim y me dijo que todo el mundo siente lo mismo, y que cuando uno se abstrae... Dijo así, cuando uno se abstrae. Pero no, yo no me abstraigo cuando toco. Solamente que cambio de lugar. Es como en un ascensor, tú estás en el ascensor hablando con la gente, y no sientes nada raro, y entre tanto pasa el primer piso, el décimo, el veintiuno, y la ciudad se queda ahí abajo, y tú estás terminando la frase que habías empezado al entrar, y entre las primeras palabras y las últimas hay cincuenta y dos pisos. Yo me di cuenta cuando empecé a tocar que entraba en un ascensor, pero un ascensor de tiempo, si te lo puedo decir así."



No se separa de las cosas. No se aparta del mundo. No detiene la marcha del reloj. Cuando toca no se abstrae. No excluye pensamientos. No practica la meditación. Creo que cuando toca, a veces, percibe lagunas en lo lleno. Vacantes en el mundo nombrado. No cambia de sitio, se da cuenta de que apoya sus pies sobre un lugar que cambia. Entra en un ascensor que viaja a través de lo macizo. Un ascensor que no funciona como elevador sino como intercalado de tiempo. Un ascensor que permite escuchar entre la primera palabra y la última una ciudad de silencio.

"No creas que me olvidaba de la hipoteca y la religión. Solamente que en esos momentos la hipoteca y la religión eran como el traje que uno no tiene puesto; yo sé que el traje está en el ropero, pero a mí no me vas a decir que en este momento ese traje existe. El traje existe cuando me lo pongo, y la hipoteca y la religión existían cuando terminaba de tocar y la vieja entraba con el pelo colgándole en mechones y se quejaba de que yo le rompía las orejas con esa-música-del-diablo."

La música hace algo que no puede explicar. Hace de la hipoteca de la religión de las peleas del pelo en mechones, vestidos colgados en un ropero. Un pequeño ropero instalado en un desierto. Una colección de trajes que no alcanzan, que no podrían alcanzar, para cubrir el vacío que siente, ahora, crecer a su alrededor. La música raja en pedazos la costra de la costumbre. Cuando toca, puede palpar cicatrices de olvido en cada recuerdo.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿Una marcha sin descanso? ¿Objetos que vagan como fantasmas? ¿Un deseo que difiere de toda explicación? Una liebre que corre tras un tigre que duerme. Una tienda entera en la valija. Meterse en nada. A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Pero, ¿qué busca Johnny? ¿Algo que no tiene existencia? ¿que no tiene lugar? ¿que nunca consigue? ¿que se deshace cada vez que lo alcanza? ¿que desprecia cuanto más lo posee? Esa búsqueda de lo indefinido, de lo inasible ¿es su enfermedad? ¿un defecto que lo condena a marchar sin descanso?

Pienso que Johnny no persigue *objetos*. Sabe que no importan los objetos. Se da cuenta de que *las cosas* que se ofrecen rozan el deseo (incluso lo lastiman y lo besan) sin detener su marcha. Comprende que, cuando el deseo duerme, los objetos vagan desesperados.

Johnny es un *perseguidor*, pero ello no supone que busque algo. No va detrás de una meta, de una finalidad, de un objetivo. ¿Cómo pensar esa cacería que disloca? ¿Cómo hacer entrar en el argumento eso que difiere de toda explicación? ¿*Eso* que no se deduce por lo que le falta, por lo que perdió o por lo que vive ausente en su existencia? Johnny no puede explicar (sabe que no podrá explicar) cómo el golpe de un deseo *"lo convierte en un absurdo cazador sin brazos y sin piernas, en una liebre que corre tras un tigre que duerme"*.

"Esto del tiempo es complicado, me agarra por todos lados. Me empiezo a dar cuenta poco a poco de que el tiempo no es como una bolsa que se rellena. Quiero decir que aunque cambie el relleno, en la bolsa no cabe más que una cantidad y se acabó. ¿Ves mi valija, Bruno? Caben dos trajes y dos pares de zapatos. Bueno, ahora imagínate que la vacías y después vas a poner de nuevo los dos trajes y los dos pares de zapatos, y entonces te das cuenta de que solamente caben un traje y un par de zapatos. Pero lo mejor no es eso. Lo mejor es cuando te das cuenta de que puedes meter una tienda entera en la valija, cientos y cientos de trajes, como yo meto la música en el tiempo cuando estoy tocando, a veces."

Cuando toca saca historias de una bolsa sin fondo. En una sola palabra vive un mundo o, mejor dicho, muchos y diferentes mundos se sueñan en cada palabra. Hasta en la materia compacta de un dolor puede, a veces, crecer una historia. Cuando toca se da cuenta de que en cada cosa que siente van de contrabando otras cosas que le pasan indocumentadas, sin rostro, mudas. Cuando toca le parece escuchar, en cada minuto, un cuarto de hora.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿El alma es el nombre de un agujero? ¿La verdadera explicación sencillamente no se puede explicar? ¿Hay una explicación verdadera? ¿Se puede palpar la piel de un misterio? Un colador colándose a sí mismo. Una grieta en el suelo de su experiencia. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa. A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Creo que Johnny toca para llenar el teatro, para que lo aplaudan, para cobrar un contrato, para beber satisfecho, para que se aproximen las muchachas que lo admiran, para colgar sus recuerdos en un ropero. Incluso para abrigarse.

Pero fuera de la ilusión de esas metas, Johnny toca; siente deseo de tocar. Ese deseo *perseguidor* es lo que no puede explicar. Ese deseo entra en el tiempo, vive un cuarto de hora en un minuto y medio, mete una tienda entera en una valija.

Creo que Johnny no es víctima que escapa, o que calma una falta con aplausos, alcohol, abrazos. Su deseo se estaciona en el amor, en la música, en la amistad, en la droga, en los recuerdos; pero esas estadías duran lo que duran: segundos, minutos, momentos.

Johnny tiene un agujero en el alma o tal vez el alma sea el nombre de un hoyo que le dejó la experiencia. Desea espaciar lo que parece sólido. Desfondar la valija. Sospecha que hay otra cosa, que puede haber otra cosa. Que el vacío no es hueco que duele. Que el deseo encalla en un mundo repleto.



"El metro es un gran invento, Bruno, viajando en el metro te das cuenta de lo que podría caber en una valija... Un día empecé a sentir algo en el metro, después me olvidé... Y entonces se repitió, dos o tres días después. Al final me di cuenta. Es fácil de explicar, sabes, pero es fácil porque en realidad no es la verdadera explicación. La verdadera explicación sencillamente no se puede explicar. Tendrías que tomar el metro y esperar a que te ocurra, aunque me parece que eso solamente me ocurre a mí."

Pero ¿qué hacer con lo que no comprende? ¿Taparse la boca con el sonido automático de una explicación? La bolsa que no se llena, la valija en la que cabe una tienda, lo que siente viajando en el metro, no son la explicación, ni símbolos de una verdad que permanece innombrada; son pensamientos que deciden narrar lo que no entienden. El argumento es la piel conversada de un misterio. O dicho de otro modo: el argumento es deseo y urgencia de hablar, de decir para otro lo que, de antemano, sabe que no podrá comunicar.

"Eso era lo que más me crispaba, Bruno, que se sintieran seguros. Seguros de qué, dime un poco, cuando yo, un pobre diablo con más pestes que el demonio debajo de la piel, tenía bastante conciencia para sentir que todo era como una jalea, que todo temblaba alrededor, que no había más que fijarse un poco, sentirse un poco, callarse un poco, para descubrir los agujeros. En la puerta, en la cama: agujeros. En la mano, en el diario, en el tiempo, en el aire: todo lleno de agujeros, todo esponja, todo como un colador colándose a sí mismo..."

No estar seguro es su condición de *perseguidor*. Se da cuenta de que los agujeros no son defectos de las cosas o lastimaduras de su consistencia. No busca restablecer la solidez perdida. Ni llenar lagunas. Johnny piensa que los recuerdos son persistencias caídas en una experiencia agujereada. Cuenta su historia. Hace sentir sus huecos, sus vacíos, sus silencios. Presenta cada relato como una masa porosa. Hace escuchar, incluso, lugares en donde no se dice nada.

¿Azares de cazador o animal acosado? Los crujidos del sillón se confunden con los estremecimientos de su cuerpo. No piensa nunca, ve pasar lo que piensa, pero no piensa lo que ve. A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Tiendas abarrotadas de sombras. Su conciencia estallada. ¿Cuánto tiempo puede vivir en un minuto y medio?

> *Creo que Johnny no es víctima que escapa, o que calma una falta con aplausos, alcohol, abrazos. Su deseo se estaciona en el amor, la música, la amistad, la droga, los recuerdos; pero esas estadías duran lo que duran: segundos, minutos.*

Habla para tener un pensamiento. Para que las palabras sugieran eso que no podrá decir. ¿La verdadera explicación no se puede explicar? No importa que una explicación toque la verdad o ilumine (¡al fin!) lo inexplicable. Johnny sabe que una experiencia es un agujero que llama a contar historias. Habla excitado por el vacío. Siente que no puede entender, que tampoco Bruno podrá entender, que no hay modo de entender lo que no puede, ahora, dejar de contar. Cuando se estremece, hace crujir el sillón. Los crujidos del sillón se confunden con los estremecimientos de su cuerpo. Johnny habla porque se siente solo.

"El otro día me di cuenta de lo que pasaba. Me puse a pensar en mi vieja, después en Lan y en los chicos, y claro, al momento me parecía que estaba caminando por mi barrio, y veía las caras de los muchachos, los de aquel tiempo. No era pensar, me parece que ya te he dicho muchas veces que yo no pienso nunca; estoy como parado en una esquina viendo pasar lo que pienso, pero no pienso lo que veo. ¿Te das cuenta?"

Quizá pensar sea dejar salir fantasmas de las palabras: cosas que aparecen y desaparecen, cabezas que asoman o se esconden. Imágenes que son agujeros llenos de imágenes. Tiendas de sombras. A su ▶



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

vez, cada pensamiento apenas entrevisto instala escenografías, personajes, gestos, atmósferas. No son sólo pensamientos que se dicen como frases quietas sin resonancias: son multitudes que hablan. Muchos pensamientos pasan sin ser pensados porque, a veces, una sola décima de segundo supondría la concentración enloquecida de una conciencia estallada.

¿Azares de cazador o animal acosado? El tiempo es una bolsa que no se llena. Una ciudad repleta de pensamientos. Cuando se pone a pensar en Lan, ella lleva un vestido verde con cintas, un moño, una especie de adorno al costado y un hermoso cuello. Se siente perforado por la deslumbrante visión de los detalles. Escucha cómo vibran sus palabras en el cuerpo de Bruno. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Su cabeza está llena de pensamientos sueltos. Pensamientos desamarrados. Los escucha hablar y contradecirse, los siente alejarse, volver. Se hacen bromas, se lastiman. Su cabeza es una ciudad de pensamientos que beben, fuman, hacen el amor, andan indiferentes.

"La cuestión es que yo había tomado el metro en la estación de Saint Michel y en seguida me puse a pensar en Lan y en los chicos, y a ver el barrio. Apenas me senté me puse a pensar en ellos. Pero al mismo tiempo me daba cuenta de que estaba en el metro, y vi que al cabo de un minuto más o menos llegábamos a Odéon, y que la gente entraba y salía. Entonces seguí pensando en Lan y vi a mi vieja cuando volvía de hacer las compras, y empecé a verlos a todos, a estar con ellos de una manera hermosísima, como hacía mucho que no sentía. Los recuerdos son siempre un asco, pero esta vez me gustaba pensar en los chicos y verlos. Si me pongo a contarte todo lo que vi no lo vas a creer porque tendría para largo rato. Y eso que ahorraría detalles. Por ejemplo, para decirte una sola cosa, veía a Lan con su vestido verde que se ponía cuando iba al Club 33 donde yo tocaba con Hamp. Veía el vestido con una cintas, un moño, una especie de adorno al costado y un cuello... No al mismo tiempo, sino que en realidad me estaba paseando alrededor del vestido de Lan, y lo miraba despacio. Y después miré la cara de Lan y la de los chicos, y después me acordé de Mike que vivía en la pieza de al lado, y cómo Mike me había contado la historia de unos caballos salvajes en Colorado, y él que trabajaba en un rancho y hablaba sacando pecho como los domadores de caballos..."

¿Azares de cazador o animal acosado? Entra en el tiempo como si entrara en el tejido suave y flojo de una esponja. Si contara en detalle cada cosa pasarían más de dos minutos. Pasaría un buen cuarto de hora. No puede enterarse de lo que le pasa. No piensa nunca.

Se deja invadir por recuerdos. Atropellar por imágenes. Perforar por la deslumbrante nitidez de los detalles. Lo que dice es una manera de expresar algo que no puede decirse. Pero no importa que no pueda decirse o que no haya un modo preciso de decir. La manera de decir es su trabajo de cazador. Una trampa para escuchar lo imprevisto en lo que está diciendo. Sus pensamientos salen como su música (una serie interminable de variaciones en registros inesperados). Johnny espera que algo caiga en el decir. Vuelve sobre sus palabras, corrige un giro, ajusta una idea, cambia los términos. Dispone su celada. Acecha con nerviosismo. Asalta con los ojos, habla con los oídos abiertos. Imagina sus palabras golpeando en el pensamiento de Bruno. Es un cazador: escucha vibrar lo que dice en el cuerpo de otro.

¿Azares de cazador o animal acosado? Entra en el tiempo como si entrara en el tejido suave y flojo de una esponja. Si contara en detalle cada cosa pasarían más de dos minutos. Pasaría un buen cuarto de hora. No puede enterarse de lo que le pasa. No piensa nunca. Ve pasar lo que piensa. ¿Cuánto tiempo puede vivir en un minuto y medio?

Se estremece, se tapa la cara, tiene sed, ganas de fumar, suda, hace crujir el sucio sillón, ríe. Pero cuando habla, la boca golosa del cazador adoba palabras que salen dulces, agrias, insípidas, desabridas, sabrosas.

"Fijate que solamente te cuento un pedacito de todo lo que estaba pensando y viendo. ¿Cuánto hará que te estoy contando este pedacito? No sé, pongamos unos dos minutos. Pongamos unos dos minutos. Dos minutos y te he contado un pedacito nada más. Si te contara todo lo que les vi hacer a los chicos, y cómo Hamp tocaba 'Save it, pretty mamma' y yo escuchaba cada nota, entiendes, cada nota, y Hamp no es de los que se cansan, y si te contara que también le oí a mi vieja una oración larguísima, donde hablaba de repollos, me parece que pedía perdón por mi viejo y por mí y decía algo de los repollos... Bueno si te contara en detalle todo eso, pasaríamos más de dos minutos, ¿eh, Bruno? Pasaría un buen cuarto de hora, ¿eh, Bruno? Entonces me vas a decir cómo puede ser que de repente siento que el metro se para y yo me salgo de mi vieja y Lan y todo aquello, y veo que estamos en Saint Germain-des-Pres que queda justo a un minuto y medio de Odéon."

Cuando habla se interrumpe, hace silencio. Escucha sus palabras andar entre las hojas y las ramas. Avanza con distracción y concentración a la vez. Va tras exploradoras que husmean, sin su consentimiento, otros cursos posibles.

Cuando piensa (o, mejor dicho, cuando ve pasar lo que piensa) el tiempo se estira, se alarga, se ensancha. Como el tejido suave y flojo de una esponja. Sólo puede contar pedacitos de lo que ve. La expresión *tratar de enterarse de lo que le pasa* es una proposición imposible. No puede enterarse de lo que le está pasando porque entero es lo concluido y lo que le pasa fluye, cambia, crece, se esfuma, aparece, desaparece, se esconde, engaña. Lo que le pasa tiene y no tiene forma. Lo que le pasa se escurre en un tiempo poroso. Por eso las maneras, los modos de decirlo fracasan, yerran, nombran, callan.

¿Azares de cazador o animal acosado? A veces, entra en el tiempo como si entrara en lo que piensa. Una cacería hermosa e imposible. Un cuarto de hora en un minuto y medio. Un mismo y único instante en tres bocas diferentes.

Su sensibilidad desmesurada, la intensidad con que atiende cada movimiento, cada sonido, cada indicio ¿es efecto de la droga, de la música, de la enfermedad, de la percepción de un sueño, de una ilusión compartida? Johnny es un *perseguidor* y Cortázar no decide sobre qué persigue. Trata de imaginar sus azares de cazador como el encuentro entre un paso decidido y una pisada inesperada. Sabe que no puede entender lo que el personaje siente. Prefiere quedarse *más acá* de las explicaciones. Le gusta ver salir de los argumentos pequeños brotes de silencio. Intuye que el relato no importa por lo que logra significar, deducir o simbolizar; sino por la potencia de sugerir algo que Johnny no alcanza a decir. Cortázar propaga la inquietud de una cacería hermosa e imposible, a la vez.

"Apenas un minuto y medio por tu tiempo, por el tiempo de ella. Y también por el del metro y el de mi reloj, malditos sean. Entonces, ¿cómo puede ser que yo haya estado pensando un cuarto de hora, eh, Bruno? ¿Cómo se puede pensar un cuarto de hora en un minuto y medio?"

¿Cómo besar un mismo y único instante en tres bocas diferentes? Johnny se pregunta algo que no tiene representación.

Leo *El perseguidor* como relato sobre el deseo. Una intensidad que puede faltar o secarse. Una intensidad que no se llena ni se satisface. Una intensidad que vive en el vacío. También leo *El perseguidor* como relato sobre lo que no se puede explicar. O sobre la belleza de las imágenes que narran lo inexplicable.

"Bruno, si yo pudiera solamente vivir como en esos momentos, o como cuando estoy tocando y también el tiempo cambia... Te das cuenta de lo que podría pasar en un minuto y medio... Entonces un hombre, no solamente yo sino ella y tú y todos los muchachos, podría vivir cientos de años, si encontráramos la manera podríamos vivir mil veces más de lo que estamos viviendo por culpa de los relojes, de esa manía de los minutos y de pasado mañana..."

Cada vez que vive un momento, infinitos momentos dejan de ser infinitos momentos para ser, a veces, un momento vivido.

Leo *El perseguidor* como historia llena de agujeros. Como historia de argumentaciones imprecisas y sin representación en un mundo saturado de significados. Como historia que toca con belleza una experiencia indescifrable. Como relato que piensa que el *sentido* es la loca algarabía de una ilusión compartida. Leo *El perseguidor* como historia que imagina el diálogo entre Johnny y Bruno no como comunicación sino como sueño. Y al sueño como trabajo de un cazador que hace espacio en lo compactado, que introduce infinito en lo sólido, que instala un ropero con argumentos colgados en un desierto.

¿Azares de cazador o animal acosado? ¿Un fracaso que parece un camino? ¿Miedo de sentir la boca seca? Lleva muchos instrumentos perdidos, empeñados, rotos. Esto lo está tocando mañana. Desnudo, sudado, envuelto en una frazada. Cincuenta y dos pisos entre la primera palabra y la última. Un pobre caballo amarillo. Sólo se da cuenta de que hay algo. Vive un cuarto de hora en un minuto y medio.

Bee, la hija menor de Johnny, muere de neumonía en Chicago; *"ella era como una piedrecita en mi mano. Y yo no soy nada más que un pobre caballo amarillo, y nadie, nadie limpiará las lágrimas de mis ojos".*

"No es una cuestión de más música o menos música, es otra cosa... por ejemplo, es la diferencia entre que Bee haya muerto y que esté viva. Lo que yo toco es Bee muerta, sabes, mientras que lo que yo quiero, lo que yo quiero... Y por eso a veces pisoteo el saxo y la gente cree que se me ha ido la mano en la bebida. Claro que en realidad siempre estoy borracho cuando lo hago, porque al fin y al cabo un saxo cuesta mucho dinero".

Quiere tocar a Bee viva, pero no lo dice. No espera el milagro de hacerla revivir con la música. Bee viva no es la meta que quiere alcanzar, sino un modo de nombrar esa otra cosa que persigue. Eso que relata, también, como valija que no se llena, o cincuenta y dos pisos entre las palabras, o un cuarto de hora en un minuto y medio. Quiere que tocar sea semejante a su cuerpo tibio jugando con otras niñas.

III. Epílogo

Algunas propuestas estéticas ofrecen modos de pensar la locura sin procurar respuestas. Ideas para pensar cosas que viven sin representación. Espacio para preguntas clínicas que viven en la penumbra. ¿Cómo pensar algo que no me puedo explicar? ¿Algo que no termino de entender? ¿Algo que tiene forma de silencio? ¿Algo que no se deja tocar por las palabras? ¿Los argumentos clínicos pueden fundirse en la literatura para albergar la incesante inquietud de lo que no entienden? Pueden aprender argumentaciones que acarician sombras. Argumentaciones que no derraman luz. Que no tratan lo oscuro como presencia negativa, como conspiración contra la claridad. Argumentaciones que piensan lo oscuro como *otra cosa* que vive junto a lo claro.

Algunas propuestas estéticas ofrecen modos de pensar la locura sin procurar respuestas. Ideas para pensar cosas que viven sin representación. Espacio para preguntas clínicas que viven en la penumbra. ¿Cómo pensar algo que no me puedo explicar?

Pero ¿cómo argumentar sin caer en una explicación? Entiendo que pensar sumergido en una historia evita el tono neutro y general que seduce a las explicaciones. Enredado en la estrechez de un personaje (que no gobierna del todo lo que dice y que choca, a cada paso, con lo que no puede decir), me protejo de la ilusión descifrante. Creo que la ficción es un artificio que recuerda que los trazos argumentales son cuestionables. Senderos recorridos por voces que saben, desde el comienzo, que van a morir.

A veces, el relato ficcional sugiere algo de ese misterio cautivo en los cuerpos. Tal vez un soporte narrativo permite el retorno de ambigüedades desterradas. Insinúa lo que no puede expresar, introduce vacilación, sacude. Quizá la envoltura ficcional expone ideas alteradas. Sin pretender (me gusta pensar que no pretende) atrapar lo que no sabe.

Hacer clínica no es hacer literatura. Pero reconozco que algunas ideas literarias dicen la vida mejor que muchos tratados técnicos. Que dicen mejor significa que narran sin concluir. Saben que la potencia de nombrar no está en lo que expresan, muestran, describen; sino en lo que suscitan, suspenden, provocan.

** Psicoanalista y docente universitario.*